

Josu Elespe posa ante el antiguo Ayuntamiento de Lasarte-Oria, donde su padre pasó interminables horas. **JUANTXO LUSA**



«Mi aita vivía sin temor, pensaba que ETA no le iba a imponer el miedo»

Lasarte-Oria. Veinte años después del asesinato del socialista Froilán Elespe, su hijo Josu tiene grabados «a fuego» los recuerdos de aquel 20 de marzo

**A. GONZÁLEZ
EGAÑA**

A Josu Elespe siempre le había preocupado, desde que fue aita, cómo iba a contar a sus hijos lo que ocurrió el 20 de marzo de hace veinte años, el día que ETA asesinó a su padre, Froilán Elespe, teniente de alcalde del PSE de Lasarte-Oria. «Había sido el hecho más traumático de mi vida y quería que supieran la verdad de lo que le había pasado a su aitona, por qué no está con nosotros», comparte. La víspera del homenaje por el aniversario de hace tres años, Josu pensó que

su hija mayor ya estaba madura para entenderlo. «Una persona me dijo un día que los niños preguntan muchas veces lo que ya saben y yo sospechaba que, a sus 8 años, algo sabía», explica. Eligió un viernes porque así, si tenía dudas, estaba el fin de semana con ella para explicarle todo. De regreso a casa, se sentaron en un banco en el parque de Amara en Donostia y se lo contó. «Sin detallar mucho qué era ETA, le dije que unos hombres malos lo mataron porque pertenecía a un partido político concreto, que

esas personas creían que había que matarlo, igual que a periodistas, funcionarios, miembros de otros partidos, guardias civiles,ertzainas... Ese círculo tan amplio y tan horrendo que había. Le dije que estaban todos en la cárcel, aunque no es el caso, porque está sin resolver, pero quería evitarle que pensara que me podía pasar algo a mí», relata.

La pequeña Elespe tuvo la reacción lógica de una niña. «Me decía: ¿Por qué? ¡Vamos a por ellos! y me acribilló a preguntas», re-

cuerda. «Respondí a todo lo que me preguntó. Hoy es el día en que si surge la conversación, hablamos. Los niños nos dan una lección de cómo encajar las cosas, cómo naturalizarlas. Ella seguro que lo comentó con sus amigas del cole...», describe. Hoy, a sus 11 años, sabe que su aita fue el pasado miércoles a Lasarte-Oria para la entrevista, que sale a veces en la televisión o en el periódico, que ha ido a los colegios a contar su testimonio «y lo lleva con mucha normalidad». Pronto tocará contárselo al pequeño. «Es probable que ya sospeche algo...», piensa.

El hijo menor de Froilán Elespe tiene algunos recuerdos de aquel día de marzo «difuminados», pero la mayoría están «grabados a fuego». «El Ayuntamiento con la capilla ardiente, el tiempo que pasamos allí, casi dos días hasta que se llevaron el féretro a la iglesia que está enfrente para el funeral, manifestaciones, la pancarta con el 'ETA ez', que estuvo tantos años en el balcón...». En la memoria política queda el tenso pleno que debatió una moción de condena. Se abstuvieron los tres concejales de EH, Aiora Zulaika, la payasa Pirritx; Zigor Iriondo, hermano de Aitzol, uno de los presuntos asesinos de Elespe; y Xabier Elizondo, amigo del edil del PSE y que luego dimitió alegando motivos personales.

Todo había empezado a las 14.40 horas. Froilán Elespe paró en el bar Sasoeta, a 300 metros de su casa, como hacía muy a menudo, para tomar un aperitivo al salir del Ayuntamiento. Un etarra entró y le disparó a la cabeza, mientras el otro esperaba fuera. Josu estaba en Ataun de casualidad y le llamó un amigo al teléfono móvil. «Recuerdo su tono de voz y el sitio exacto en el que estaba. Cogí el coche y vine rapidísimo, de hecho choqué con la mediana en las curvas de Tolosa. Oír por la radio el nombre de tu padre como tantas veces has escuchado el de otros asesinados... Piensas que es una pesadilla. Ves que fuera todo sigue normal, la gente sigue en sus coches y tú estás oyendo algo que no terminas de creer», describe. Entró en la rotonda de Lasarte-Oria y vio el cordón policial. Ya no había duda. Quiso ver a su padre, pero no le dejaron. «Yo me creía con derecho a verlo y luego agradecí que no me dejaran porque tenía un disparo en la cabeza e imagino que estaría bastante desfigurado. Llegué a casa y a partir de ahí empezó toda la locura», rememora.

Froilán tenía 54 años, amaba su trabajo de edil, al que dedicaba 24 horas, pero nunca contó en casa que querían ponerle escolta. «Ese mismo día había un mensaje de la Ertzaintza en el contestador de

«Valentín Lasarte me contó que para poder matar ponía la mente en blanco»

Del relato del exetarra Ibon Etxezarreta, Elespe recuerda cómo le dijo que «después de participar en atentados se iba a su casa y seguía con normalidad la rutina del trabajo, novia...»

A. G. E.

LASARTE-ORIA. Josu Elespe necesitó al menos tres años para darse cuenta de que «era capaz de volver a recobrar la felicidad». El punto de inflexión fue un viaje a Argentina con su hermano y unos amigos. «Me tuve que ir miles de kilómetros para lograrlo. También contribuyó el paso del tiempo y estar con la gente adecuada», reconoce.

Luego participó en experiencias con víctimas, la iniciativa Eraikiz y el programa Adi-adian. Al principio no quería estar con otras víctimas porque pensaba que se iba a sentir peor; «pero con el tiempo me di cuenta de que hablar es una terapia inmejorable». Le propusieron participar en la experiencia Glen Cree en Irlanda, pero no se vio preparado. Sí aceptó tomar parte en los encuentros de Nanclares «y me ha ayudado una barbaridad a sanar mis heridas».

El hijo de Froilán Elespe se reunió con dos presos de ETA. En Nanclares estuvo cara a cara con Valentín Lasarte y después, fuera de prisión en un permiso, con Ibon Etxezarreta. «Ninguno de los dos me dijo 'perdón', pero sin pronunciar la palabra, el perdón estaba en el ambiente todo el rato», repasa. El encuentro con Lasarte duró tres horas «y podíamos haber estado treinta», asegura. «En ambos casos yo tenía muchas ganas de saber, comprender, y ellos de desahogarse y conocer las consecuencias de lo que hicieron, cómo afecta realmente a una familia que asesinen a un ser querido», cita.

—¿Le sirvió para lo que buscaba? —Un montón. Tanto a nivel social de deslegitimación de la violencia, de decir este es el camino, como a nivel personal. Ninguno de ellos había participado en el asesinato de mi padre, pero como organización lo asumen como si hubieran sido ellos. Y para mí, que alguien que tomó parte directamente en causar víctimas reconocía que todo eso que tenía en la cabeza era una farsa y una mentira, que se enfrente a la oscuridad de su pasado y quiera mirar al futuro de otra manera, reparando el daño, de manera sincera y auténtica, me sirvió mucho.



Froilán Elespe, durante una merienda organizada por el PSE-EE.



Exterior del bar donde ocurrió el asesinato de Elespe. MIKEL FRAILE

LAS CLAVES

ESCOLTA

«El día del atentado la Ertzaintza dejó un mensaje en el contestador. Decía que la próxima escolta disponible era para él»

EL PUEBLO

«Siempre recordaremos con cariño cómo se portó Lasarte-Oria con nosotros. No lo olvidaré en la vida»

casa. Decía que la próxima escolta disponible era para él», detalla. —¿Comentó en casa si temía algo? —Relativizaba tanto las cosas y amaba tanto la libertad individual que no sé si se dijo a sí mismo: 'No pienso temer nada'. Me hubiera gustado preguntarle: ¿Aita, no tenías miedo o no querías transmitirlo? ¿O dijiste: 'Voy a seguir con mi vida, que es la que me gusta, cueste lo que cueste'? No sé. Creo que mi aita vivía sin temor, pensaba que ETA no le iba a imponer el miedo. De hecho, el sábado anterior al atentado entramos a un bar a ver un partido de la Real, su gran pasión, y se puso de espaldas a la puerta. No le vi ninguna preocupación».

Nunca había recibido amena-

zas. Lo único que recuerda es una postal de 'Euskal presoak, Euskal Herrira' que llegó unas Navidades, «pero nada amenazante». «Nunca hubo llamadas ni pintadas», cita.

La viuda de Froilán Elespe, Tomas Pelaz, y sus dos hijos dejaron Lasarte-Oria al año del atentado. Se instalaron en San Sebastián. «Siempre nos vamos a acordar de Lasarte con mucho cariño y gratitud, de cómo se portó con nosotros. Eso no lo olvidaré en la vida. Pero nos fuimos porque pensábamos que debíamos empezar de cero fuera de recuerdos, necesitábamos una vida nueva totalmente y volver al anonimato», explica Josu Elespe que hoy, si vuelve al pueblo, es para visitar a algunos amigos.

—¿Pasa por el lugar del atentado? —Paso, paso. Sí, incluso he entrado. Desde el principio nos propusimos no evitar esas cosas, aunque sabíamos que nos iba a costar. No sé si fueron días o semanas, pero después del asesinato fui al bar y volví a Ataun, al lugar en el que estaba cuando recibí la noticia. Creía que tenía que ir para intentar darle la vuelta al estrés post traumático. Preferí enfrentarme a lo que había ocurrido y mirarlo de frente. Si había que meterse en el pozo hasta el fondo, me metía. Era la mejor forma de superarlo.

Encuentro fortuito con el Josu Elespe de la ficción

Hace dos semanas Josu Elespe tuvo un sorprendente encuentro en plena calle. Iba andando cuando pasó a su lado una persona haciendo footing, se le quedó mirando, se giró y le preguntó si era Josu Elespe. Tras la confirmación le explicó: «Me llamo Harkaitz, soy actor, voy a participar en la película 'Maixabel' y voy a hacer de ti». No podía dar crédito a la casualidad. Tras aquel fugaz encuentro quedaron para charlar el pasado domingo. «Es un chaval muy majo, de Errenteria. Estuvimos hablando y seguimos en contacto», comparte. El actor le enseñó el guion con el texto que tenía que interpretar y le dijo que la directora Iciar Bollain le había explicado que el personaje estaba basado en él por su relación con Maixabel Lasa, forjada durante los encuentros restaurativos.

Creo que he sido capaz además de estar con ellos sin que me generara ningún sentimiento de odio o rabia. En algún momento pude llegar a sentir incluso lástima por ellos y pensar: '¡Qué suerte no ser tú!'. Fue muy fuerte escuchar todo lo que habían hecho.

—¿Como qué?

—Valentín Lasarte me contó que para poder matar ponía la mente en blanco. Le pregunté si podía dormir después. Y dormía. Me dijo que cuando le detuvieron y finalmente entró en una celda, se liberó. Etxezarreta es lasartearra y quiso reunirse conmigo porque sentía un nexo al ser del pueblo. No estaba en un comando y hacía vida 'normal'. De su relato me llamó la atención que dijera que después de participar en atentados, se iba a casa y seguía con la rutina del trabajo, la novia... Con normalidad.

—Hay víctimas que no se creen esos arrepentimientos.

—Cuando estás con una persona tres horas frente a frente, ahí no hay mentiras, es auténtico. A mí me ha venido maravillosamente bien. Aparte de la ayuda de la familia y amigos, es lo que más me ha ayudado a sanar mis heridas.

El caso está archivado provisionalmente y Elespe ve difícil que los etarras que participaron en el atentado se sienten algún día en la Audiencia Nacional.